

“CARPE DIEM” COMO EJEMPLO

POR RAMÓN MAYRATA

En su **Carpe diem** Alvarez Ortega describe la permanencia de la palabra que antes fue **Verbo** y que, por lo tanto, tiene asegurado su perdurar, pero que al ser transferido a los labios humanos ha firmado un pacto inexorable con el mal:

**en donde sólo el veneno
que asoma por sus bocas y sonríe
se manifiesta en todo su esplendor**

El mal, el veneno, o ese **dedo de azufre** que parecen ser la señal inequívoca del **esplendor poético**, que subyacen en la poesía, siendo su enjundia, de qué modo se encarnan en este libro, sólo ese esqueleto poético universal se cala su traje de carne y músculos en esta obra.

La presencia del tema de la muerte es incesante a través de todas las páginas, anuda sus lazos para ahorcar al poeta y al lector, surgiendo desde múltiples perspectivas; la muerte contemplada desde la muerte misma (**La ruína hace inventario de su triunfo**); inscrita en el sucederse de las estaciones (**Meditación en otoño**); sombra amenazadora en la tregua del nuevo día (**Conformándose a la claridad como la hiedra**); perdida en la inmensidad del cosmos (**Alba de Lehdara**); trocada en venganza natural cuando ya no es posible el castigo de los dioses (**Llenos de insignias, los números escritos**); o en orgulloso fin del estéril exilio (**Escrito está el epitafio**); o en ciudad donde el tiempo ya no existe (**Aduares en el Sur**); la muerte que atravesando las barreras de los siglos, se incrusta en los entresijos de la conciencia, avasalladoramente genérica como el primer pecado bíblico (**Visita a una iglesia románica**).

En ocasiones la fidelidad al viejo tema clásico es tan literal que el poeta retorna, incluso, a los antiguos símbolos. La rueda de la vida, el mar identificado con la eternidad. El lenguaje acude, entonces, impetuoso, en ayuda de nuestra percepción, librándonos de caer en el sinsentido que la consagración por el uso exige como tributo.

La rueda...

...la materia de su intimidad...

El mar...

...ahora la eternidad desata
su lengua, crea una ley
de sal

Pero esta raigambre tradicional de sus visiones, a pesar de la actualidad que les otorga el lenguaje, crea una tensión insostenible que no tiene, siquiera, el recurso o la salida de estallar. El poeta juega al suicidio y ha incluido al lector, peligrosamente, en su juego. Juego, por otra parte, antipoético, porque sus resultados se alejan de esa **confusión**, de esa **indistinción** que considera Batille esencial a la poesía. Es verdad que, en otro tiempo, con estos mismos materiales la hazaña era posible, y aún definió el hacer poético de siglos enteros, pero existía un dios explícito o soterrado que todo lo unificaba. Sólo si el poeta ocupa el vacío que dejó aquel dios, puede aspirar a la eternidad, a ese **mar unido con el sol**.

Entonces, en los tres últimos versos, surge el quiebro, se remonta **El golpe de ala que diría Breton**. ¿Acaso esto no tiene mucho que ver con la cuadratura del círculo que se ha mostrado siempre como la solución más efectiva de todos los problemas? Como en el minúsculo prólogo que, sin que pudiera aspirar al perdón, Boris Vian colocó al principio de su libro, en el que un nenúfar asesinaba a una bella muchacha, y las habitaciones se hacían más pequeñas, y una rata gris deseaba el suicidio —**Sólo existen dos cosas: el amor, en todas sus formas, con hermosas chicas, y la música de Nueva-Orleans o de Duke Ellington**—, así “**West end blues en la noche** se cierra, algo más patética y tímidamente:

**Si no vale un viejo blues esta noche,
lejos del paraíso y sus lúcidas vírgenes,
grata me fuera la muerte.**

Y bajo el disfraz de la duda se oculta una honda certeza.